

CRÍTICAS E COMENTARIOS

«A *Marcha* móstranos o tipo de eleccións ás que nos enfrentamos, a menos que decidamos facer algo radical para solucionar o problema»

«Espero que a película leve ás persoas a se preguntar se o seu propio estilo de vida está relacionado co problema que se lles presenta na pantalla»

William Nicholson e Peter Goodchild

A marcha é un drama, é unha película para a televisión, non é un documental. Está ambientado nun futuro non moi afastado, a xente e os acontecementos son ficticios. Parte dunha descrición familiar da realidade para nos levar cara a un ...
¿..Pero e se..?

A marcha presentouseme como dúas imaxes contrapostas: nunha destas, eu e a xente coma min vemos na televisión imaxes horrorosas de xente que morre de fame en África, sentímonos culpables. Na outra, africanos e africanas pobres ven na televisión as imaxes das nosas telenovelas nas cales desfilan almacéns, cociñas, e baños de luxo, un mundo de abundancia, de luces e calefacción, todo aparecendo e desaparecendo ao premer un botón. Eles senten envexa.

Así eles con tan pouco e nós con tanto, e logo... ¿continuará o mundo así pola eternidade? As estatísticas están ao dispor de quen amose interese en velas. O vinte por cento da poboación mundial consume o oitenta por cento dos recursos do planeta. As nosas mascotas comen mellor ca millóns de persoas en África, ¿por que? A culpa, ¿é deles, ou nosa? Ou ¿simplemente ninguén ten a culpa?

Foron estas imaxes as que deron vida a un escenario cheo de “..pero e se...” ...¿E se os millóns de persoas africanas asoladas pola fame se botasen ás nosas rúas.. e se puidésemos ver facendo a compra e puidésemos asistir á súa morte?, ¿cambiaría isto o noso modo de pensar? ¿actuaríamos diferentemente?

Unha das grandes incógnitas que nos presenta o filme non é se unha marcha deste tipo se pode dar ou non: os datos que nos ofrecen as nosas investigacións demostran que é perfectamente factible. A pregunta clave é ¿vivimos realmente no mesmo mundo?, ¿somos ou non responsables da pobreza no terceiro mundo? ¿son realmente pobres porque somos ricos?

A pregunta é arrepiante. Son naturalmente moitos os factores que contribúen ao empobrecemento anual do sub-Sahara. Na miña opinión, existe unha relación entre o noso alto nivel de consumo e a pobreza destes pobos. Pero aínda que eu estivese trabucado resta unha grande incógnita ¿cal será o porvir? ¿cremos realmente que podemos basear a estabilidade mundial sobre tal desequilibrio?

No mundo dos “...¿E se?...” da ficción, nosoutros, os pobos ricos de Europa tomamos as armas para defender a nosa prosperidade. Pero se trata só dunha película. Na realidade, non construíríamos unha nova cortiña de ferro para manter a raia aos pobres do planeta, non si... ¿ou fariámolo?

William Nicholson



Y si todos...

La marcha obedece al concepto del cine al servicio de una idea, al compromiso de recrear con imágenes una reivindicación que ilustre, en este caso, una herida abierta. Su naturaleza es la del – casi olvidado – cine de tesis, cine realizado para comunicar un concepto, o lo que es lo mismo, se trata de un cine edificado para sacudir la sensibilidad del espectador provocando la reflexión, el análisis y, en definitiva, una toma de conciencia ante la problemática recreada.

Gestada por la asociación de diferentes canales televisivos europeos, es evidente que *La Marcha* es una película con vocación ejemplarizante y forjada con una naturaleza que ni es la de competir en el mercado del entretenimiento del cine comercial, ni pertenece a la concreción del llamado cine de autor. Equidistante de ambos conceptos, su estilo aparece limitado por esos mismos extremos: ni desea convertir la odisea que cuenta en un espectacular filme de aventuras, lo que le impide incurrir en concesiones narrativas al uso, ni puede responder a un cine personal y riguroso dado que su naturaleza televisiva y didáctica parece aspirar a ser aprehendida, a captar el interés y, en consecuencia, a penetrar en la sensibilidad del mayor número de espectadores posible.

Colocado por la decisión de sus autores en esta tierra de nadie, sobre *La Marcha* pende el lastre de su sustento argumental. De tal forma que su razón de ser deviene en su mayor handicap, algo que acaba pesando decisivamente en su resultado final. Siendo un filme de tesis, su sustento narrativo confía su suerte no en el reflejo de un hecho real, por más que en su contextualización se respire una vocación de verosimilitud, sino en una hipótesis que responde al enunciado de “qué ocurriría si...”.

Ese mestizaje de realismo y especulación, de mirada a lo concreto y de proyección hipotética determina que *La Marcha* sea una especie de docu - ficción, un género casi imposible que se nutre de verdad y fantasía y que precisa altas dosis de talento para engarzar sin chirridos ambas naturalezas. Pese al notable rigor de una realización que se percibe como esforzada y honesta, *La Marcha*, la historia del éxodo de miles de habitantes africanos que a raíz de una sequía y ante una situación de muerte inminente inician un periplo cuasi bíblico por el que doscientos cincuenta mil personas quieren desembarcar en Europa para que se les vea morir, no puede evitar que se asomen algunas debilidades narrativas. Por consiguiente resultan perceptibles el esquematismo de su guión, la limitación de su presupuesto y el notorio maniqueísmo de situaciones y personajes.

Pero con fletar una humilde nave en la que sus piezas carecen de la solidez deseable y necesaria, el tránsito de *La Marcha* consigue colocar ante el espectador la poderosa carga de su denuncia y ésta llega al puerto buscado: representar un problema social, acercar al espectador occidental la tragedia de África y lanzarle una serie de reflexiones, de preguntas obvias, casi de perogrullo pero nunca solucionadas que contribuyen a ilustrar la razón de ser de esta película. Para ello William Nicholson, guionista del filme, y David Wheatley, director, articulan la historia en dos frentes emblemáticos de ese diálogo Norte-Sur. De una parte inventan un líder africano, una figura alegórica que toma prestados de Ghandi algunos perfiles de su personalidad y que bebe del Moisés bíblico la historia de la travesía por el desierto y la búsqueda de la tierra prometida. De manera que con



cierto espíritu mesiánico, *La Marcha* recrea ese periplo desesperado por el que miles de personas hambrientas cruzan África en dirección a Europa unidos con la esperanza de encontrar un mundo mejor; impulsados por la idea de que – *si su condena a muerte es irremisible* –, al menos “nos vean morir” y con una pregunta en sus labios: “Por qué son ustedes tan ricos y nosotros tan pobres”. Paralelamente a ese éxodo, Wheatley se sirve del protagonismo de una comisaría europea, Clare, para, a través de su proceso interior de progresiva concienciación, acercar al espectador la problemática que muestra.

Como en el *Missing* de Costa Gavras, Wheatley hace que, con el descubrimiento de Clare de la dimensión de la tragedia que se avecina, el espectador reciba la información suplementaria que le lleve a tomar conciencia de ella en un proceso de identificación. Así, su estructura argumental se articula sobre tres encuentros que sostienen la comisaría (Juliet Stevenson) y el líder del movimiento Isa el Mahdi. Con ellos se construye el inicio, la evolución y el desenlace de la peregrinación desde el Sudán a las costas españolas. O lo que es lo mismo, sustentado sobre un esquema narrativo clásico – *presentación, nudo y desenlace* –, *La Marcha* con evidente simplicidad pone en imágenes su hipotética idea argumental. La presencia de un personaje secundario, Marcus Brown, un político estadounidense que trata de rentabilizar el movimiento de Isa el Mahdi refuerza ese carácter alegórico y didáctico que todo el filme posee: el problema, parece decirse, no es tanto una cuestión de raza como de pobreza.

Con pequeños rasgos, gestos deseosos de concretar un verdadero lenguaje cinematográfico – *-el encadenado sucesivo alrededor de la comida por el que con un montaje en paralelo vemos cómo reciben alimentos los integrantes de la marcha, cómo siguen su epopeya el grupo de amigos de la comisaría y cómo se prepara Marcus Brown, el político oportunista, su estrategia* .

La Marcha va dejando tras de sí una serie de huellas para el debate. En su telón de fondo, puntuadas con voluntad de hacerlo, se hace ostensible la burocracia política, la indigencia de los necesitados y la naturaleza del problema. No obstante se echa en falta algo más de capacidad introspectiva, menos didactismo y más fuerza.

Maniatado por la voluntad de elaborar una reflexión que ilustre pormenorizadamente la tragedia narrada, Wheatley se limita a poner en imágenes el conflicto que inventa. Así, sus personajes resultan planos, apenas perfilados, encorsetados por su rol de arquetipos a los que les falta dimensión psicológica. La hipótesis de su argumento agrieta el verosímil de su documento. Por lo mismo que la servidumbre del proyecto subordinado a ese deseo pedagógico de colocar sobre la pantalla todas las piezas del conflicto nunca levanta el vuelo de una verdadera obra cinematográfica. Pero aún condenado a perderse en esa tierra de nadie, ni cine arte, ni cine comercial, al menos, en su destierro, resulta útil e ilustrativo para proponer esa toma de conciencia que el contenido de *La Marcha* lleva implícito. Paradójicamente, la verdadera aportación de este filme comienza a tomar cuerpo y entidad cuando esa “marcha” que nos muestra con tanto fervor termina sin saber muy bien cómo cerrar el círculo de esta odisea.

Juan Zapater, Crítico de Cine

[Material Educativo de *Medicus Mundi Navarra*]